

Michel Ponsich, *Implantation rurale antique sur le Bas-Guadalquivir 3*. Bujalance, Montoro, Andújar. Publications de la Casa de Velázquez. Editions de Boccard, Madrid 1987. 126 Seiten, 12 Abbildungen, 5 Tafeln.

M. Ponsich culmina felizmente con este trabajo su obra emprendida hace ya muchos años y cuyos primeros frutos se publicaron en 1974. Ha sido una labor paciente y minuciosa de prospección sistemática del valle del bajo Guadalquivir, desde Sevilla hasta Andújar, ciudad esta última que podría ya considerarse situada en el alto Guadalquivir o a lo más en el Guadalquivir medio.

Como el mismo autor indica, la zona recorrida en este último estudio presenta características geográficas bastante diferentes de las de la zona estudiada en los dos volúmenes anteriores, ya que desaparecen las amplias llanuras y el cauce del río viene estrechándose y a veces encajonándose cada vez más en medio de un terreno mucho más accidentado a medida que se remonta el camino en dirección a su nacimiento; y su navegabilidad va siendo cada vez más problemática, hasta hacerse solamente posible para pequeñas barcas, incapaces de servir de vehículo para las pesadas ánforas de aceite, tan abundantemente utilizadas desde Córdoba hasta Sevilla.

Como es natural, al cambiar el medio geográfico cambian también las características del asentamiento humano; las vegas son más pequeñas y menos numerosas, los medios de vida más reducidos, los establecimientos más pobres; se multiplican las alquerías, pero son pequeñas y sin lujos ni ostentación de ornamentos arquitectónicos; la ausencia de piedra en la región obliga al empleo de una técnica diferente en la construcción, a base ahora de adobes y ladrillos; la mayor aglomeración de ciudades lleva consigo la menor presencia de villas de dimensiones importantes. Y como consecuencia de todas estas circunstancias, los restos arqueológicos conservados y susceptibles de observación y estudio en la actualidad, son mucho más modestos, reduciéndose a veces a sólo fragmentos de tégulas.

Otras circunstancias han hecho aún más penosa y más meritoria la labor de M. Ponsich: los grandes movimientos de tierra que se han ido realizando en esta región, sobre todo para el abancalamiento del terreno, en orden a su puesta en regadío, han transformado la situación de los yacimientos, destruyendo muchos de ellos, ocultando otros y trasladando a veces los fragmentos a notable distancia de su lugar de origen; todo lo cual impone al prospector notables limitaciones y una cautela y vigilancia exquisita.

Estas y otras importantes transformaciones que han tenido lugar y siguen teniéndolo en el campo andaluz, en acelerado proceso de modernización, aumentan el valor del trabajo realizado por M. Ponsich; su obra constituye un documento arqueológico muy importante, no sólo por sus interesantes conclusiones, sino también y principalmente como archivo de datos que en muchos casos se hubieran perdido definitivamente.

Comparando este tercer volumen con los dos anteriores, se echa de menos en él la abundancia de láminas e ilustraciones que acompañaban el texto de aquellos, aunque no hay que olvidar la gran diferencia en riqueza de materiales que media entre la zona prospectada desde Sevilla a Córdoba y la que es materia de estudio en el vol. III. No faltan aquí, sin embargo, los mapas correspondientes a las diversas zonas, en los que se sitúan cuidadosamente los diferentes yacimientos identificados durante la prospección. Tampoco faltan algunas otras ilustraciones de los pocos restos monumentales hallados.

Pequeños errores que han escapado en la corrección de pruebas y que conviene señalar para evitar confusiones, no afectan a la exactitud y a la perfección que son característica general de esta publicación. Por ejemplo: la fig. 12, en la pág. 97, reproduce las parcelas de regadío en las que el autor de estas líneas tuvo ocasión de excavar un conjunto de talleres romanos de *sigillata*; en ella se señalan con diversos círculos pequeños las zonas excavadas que, en su mayor parte eran vertederos, y solamente en cuatro casos hornos. Quien lea el pie de la figura: 'emplacement de fours de sigillée hispanique d'Andújar', podrá pensar fácilmente que todos aquellos círculos son otros tantos hornos. En la pág. 87, en el nº 14 se habla del 'Río Arroyo', y en el nº 155 de 'arroyo Salado', que es el verdadero nombre. El nº 16 de esta misma pág. no está señalado en el mapa de la fig. 11. En la pág. 89, nº 24 bis, nº 25 y nº 26 se escribe 'Aljonilla', cuando debe decir 'Arjonilla'; e igualmente, en la pág. 93, nº 54, 'Aljona' por 'Arjona'. También se ha omitido en el mapa el nº 69 que se describe en la pág. 95.

Aunque el mero testimonio de tantos datos recogidos sería ya un gran servicio a la historia, M. Ponsich no se limita a esta labor archivística; a base de tantas observaciones sobre el terreno, está en condiciones de

avanzar algunas conclusiones sobre el modo de vida de los habitantes de la zona explorada, durante la época romana. Modo de vida rural diferente del que tenía lugar en las amplias llanuras por las que corre el Guadalquivir entre Córdoba y Sevilla. Innumerables y pequeñas construcciones, que en muchos casos podían ser más bien barracas para herramientas que alquerías o villas para vivir en ellas unos campesinos que probablemente pernoctaban en los pueblos y salían al campo para trabajar en él en un radio de unos 5 km. ¿Cual era el cultivo principal de estos campesinos? En la actualidad, los grandes olivares se extienden por toda esa zona y aun muchos kilómetros más, río arriba. Si en época romana sucedía lo mismo, el principal problema que se plantea M. Ponsich es el del transporte del aceite, dado que éste se solía hacer en las famosas ánforas Dressel 20, de las que tantísimos fragmentos se veían entre Córdoba y Sevilla, mientras que en esta zona están ausentes por completo, lo mismo que los hornos en que se fabricaban. El aceite, pues, hubo de transportarse en odres, material mucho menos pesado que podría cargarse a lomos de caballerías o en carros, ya que el Guadalquivir en esta zona no era navegable, como tampoco era posible su utilización para el regadío, dada la profundidad de su cauce.

M. Ponsich parece dar por seguro que, efectivamente, era el aceite la principal producción, deduciéndolo de la situación actual y de los fragmentos recogidos de piezas que parecen tener relación con almazaras o fábricas de aceite. Alguna duda puede quedar quizás al lector sobre si los datos observados son suficientes para asegurar semejante conclusión. En primer lugar, tales fragmentos no son muy abundantes. En el primer tramo, desde el Carpio hasta Bujalance, el autor registra 214 yacimientos, y solamente en 11 de ellos aparecen algunos de esos fragmentos. En el segundo tramo, desde Montoro hasta Virgen del Sol, son 63 yacimientos los explorados, de los cuales solamente en 4 aparecen tales vestigios. En el tercer y último tramo, desde Marmolejo hasta Choza de la Moneda, 128 yacimientos y solamente 9 con testimonios de posible almazara. En segundo lugar, queda también la duda si todos esos pocos fragmentos relacionados de hecho por el autor con almazaras, lo están realmente, porque muchas veces se trata de fragmentos de molinos que, al menos con los datos que da, no sabemos si consta que fuesen molinos precisamente de aceite; lo mismo quizá podría decirse de los contrapesos de prensas. Y aquí quiero hacer notar que esta duda, a lo mejor, no es posible para el autor de las prospecciones que ha tenido en sus manos tales fragmentos, pero si lo es para el lector que no tiene ni ilustraciones ni descripciones suficientes para asegurarse.

Al concluir su trabajo con la publicación de este tercer volumen, M. Ponsich puede sentirse bien satisfecho de la labor realizada, a costa de tanto esfuerzo, de tanto trabajo y de tanta constancia. Ha salvado para la historia una cantidad increíble de datos arqueológicos, muchos de los cuales ya no es posible volver a recoger; y, dentro de muy poco tiempo, desgraciadamente, muchos más habrán desaparecido para siempre. Resulta difícil comprender como le ha sido posible llevar a buen término una investigación que, en la actualidad, solamente un nutrido equipo se sentiría con ánimos para emprenderla.